

Homilía de Mons. Rafael Zornoza en el Domingo de Resurrección

11 de abril de 2020

Queridos hermanos:

¡Cristo ha resucitado! Este es el anuncio que proclama la Iglesia desde su inicio, la gran noticia que proclama sin tregua al mundo. ¡Cristo vive, ha resucitado!

También hoy proclamamos llenos de gozo: ¡Cristo ha resucitado! ¡Celebremos la resurrección! Sin la resurrección de Cristo la vida cristiana sería absurda, incomprensible, estaría vacía. Solamente la cruz no explicaría la fe cristiana, aunque fuese una trágica entrega por amor.

Amaneció aquel domingo de la Pascua con la sorpresa del sepulcro vacío, los mensajes a las mujeres y de ellas a los apóstoles —lo que provocó un vuelco del corazón y un revuelo incontenible— y finalmente aquellas experiencias que marcarán sus vidas y las nuestras para siempre: los encuentros con Jesús vivo, resucitado. El discípulo al entrar en el sepulcro vacío “vio y creyó” (Jn 20,9). La fe le hizo comprender y el dolor quedó transformado por el júbilo de la gloria presente en Jesús, el Maestro y definitivamente, el Señor, el Rey glorioso en poder y majestad. Se aparecerá a todos ellos y lo verán. Está allí, ante los ojos atónitos de los discípulos: “¡Cristo está vivo, ha resucitado!”.

He aquí la clave de nuestra fe donde gravita toda la vida de la Iglesia y el punto culminante de la historia de la salvación y síntesis del anuncio cristiano, de donde nace nuestra predicación: que el Crucificado “resucitó al tercer día según las Escrituras”, que Dios, en su inmenso amor por nosotros, envió su Hijo al mundo para dar la vida por nosotros, y sigue vivo y dándonos la vida propia de Dios.

También hoy, cuando las tinieblas de la oscuridad y de la muerte se ciernen sobre nuestros pueblos, brilla para nosotros la esperanza de la verdadera resurrección. El anuncio de la resurrección es portador de la única esperanza y fuerza en medio de las amenazas de muerte. Es la certeza que nos da nuestra fe de que la muerte no vence a Jesús y que los cristianos nos unimos a su triunfo y resurrección.

La gran novedad de la resurrección es que Jesús ha sido constituido por Dios Padre como Hijo de Dios “con poder” (cf. Rm 1,3-4). Jesús mismo, humillado hasta la muerte, pudo decir a los once: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18), de modo que en Él comienza el Reinado de Cristo, un reino nuevo cuyo poder es la verdad y el amor. Jesús es Dios. Esta es identidad auténtica y la estatura extraordinaria del Crucificado. Ahora vemos el valor de la encarnación y su presencia en el mundo desde el inicio de su vida, la autoridad de sus palabras, la ejemplaridad de sus obras. Jesús ha resucitado para ser el Señor de vivos y muertos, el Salvador.

Todo esto tiene unas extraordinarias consecuencias para nosotros. Dice San Pablo: “si habéis resucitado con Cristo buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra” (Col 2,1-2); “si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él” (Rm 6, 8-9). Cristo resucitado, al que conocemos y amamos hoy, ha

de ser la fuente de nuestro consuelo y esperanza. Somos ciudadanos del cielo, peregrinos en esta tierra, en camino hacia la verdadera patria, que es vivir para siempre con él en la gloria. El Señor, que sale al encuentro de sus abatidos discípulos, también hoy viene a buscarnos, más que nunca a nosotros, hombres y mujeres de hoy, que estamos experimentando una prueba terrible. A todos nos regala su Presencia, se nos entrega como don; es Dios-con-nosotros en ese trance tan difícil, el que nos consuela y fortalece.

Confesemos nuestra fe: “*Señor mío y Dios mío*”. Con esa fe comprendieron el testimonio de la Escritura. Comprendieron la misma existencia de Cristo, su predicación y sus milagros. Hallaron en la *confesión* de su Divinidad la luz para poder penetrar el sentido de las maravillas de Dios en su integridad. Nuestra vida hace presente desde ahora la verdad de la cruz y de la resurrección, que debemos proclamar y llevar en el corazón, manteniendo siempre la firme esperanza de poder un día gozar con Él en la gloria donde Cristo está, que es nuestra verdadera patria.

El anuncio de la resurrección ha quedado ligado al testimonio de los testigos, a quienes hacen la experiencia de encuentro con el Señor vivo. Las apariciones de Jesús son su constatación y el vehículo de la certeza. “Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén... A nosotros, que hemos comido y bebido con Él después de su resurrección de entre los muertos nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos (Hch 10, 37-43). La resurrección nos obliga a asumir como nuestra su propia misión, que se verá corroborada en la Iglesia por la llegada del Espíritu en Pentecostés: enseñar todo lo que Él ha mandado, para salvación del género humano. Anunciar esa Buena Nueva con palabras y obras, ser testigos de que Cristo vive en la Iglesia, fundada por Él, a la que prometió la asistencia del Espíritu Santo.

Es el momento de repetir con el Papa en la oración que el 27 de marzo proclamaba para todo el mundo desde una plaza de San Pedro vacía: « ¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?... No tengáis miedo». De todo lo malo, Dios puede hacer el bien. Si permite la muerte de su Hijo unigénito, es para que, a través de su Resurrección, nosotros mismos podamos tener acceso a una nueva vida. Su ofrenda en la cruz destruyó la muerte para siempre y nos abrió las puertas del cielo. Si creemos que Dios hace todo por el bien de los que le aman (cf. Rm 8,28), podemos decir que hará maravillas a través de la situación presente. Recemos por nuestro mundo, para que el Dios de la bondad, que puede sacar bien de todo mal, toque los corazones con su misericordia y superemos esta dura prueba.

La realidad de la vida cristiana no es una teoría ni una ilusión. Es la posibilidad real de vivir todo y siempre con Él y para Él, aunque vivir la fe cada día comporte renuncias y sufrimientos: “Todo para conocerlo a Él, y la fuerza de su resurrección, y la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, con la esperanza de llegar a la resurrección de entre los muertos” (Flp 3, 10-11). ¡Podemos entonces vivir en la alegría de la Pascua, porque nuestro destino es el Reino! Nuestra vida adquiere con el Señor resucitado una belleza y profundidad ilimitada. Que Dios nos conceda a quienes celebramos la resurrección del Señor ser renovados por su Espíritu y resucitar a la luz de la vida en este día en que, vencida la muerte, nos ha abierto las puertas de la eternidad.

¡Feliz Pascua! ¡Que el Señor nos colme de esperanza y consuelo! ¡Que le experimentemos presente y vivo a nuestro lado! ¡Verdaderamente ha resucitado el Señor! ¡Aleluya! Amen.